

El arte del asesinato

11 relatos de crimen e investigación

G.K. Chesterton



Basil Grant, Horne Fisher, Gabriel Gale, *Mr. Pond*, el padre Brown... una verdadera galería de personajes excéntricos, diversamente locos, pero alumbrados por la llama del genio, todos ellos dados al sutil arte de resolver asesinatos o misterios aparentemente sin solución. Pero no sólo comparten el ingenio o la propensión a la paradoja: de alguna manera, todos ellos son Chesterton, máscaras o avatares del autor, por medio de los cuales nos invita a reflexionar sobre la condición de la sociedad o sobre la naturaleza humana. El presente volumen recoge once relatos de crimen y misterio extraídos de las obras detectivescas de G. K. Chesterton y, no sólo nos ofrece un amplio retrato de cada uno de estos personajes que forman su peculiar galería de investigadores, sino también, como es habitual en el autor, una sabia combinación de destreza en la exposición y en la ambientación, suspense, humor e ingenio.

El criminal es el artista creativo, el detective
sólo el crítico.

G. K. Chesterton
El candor del padre Brown

RESEÑA

Basil Grant, Horne Fisher, Gabriel Gale, *Mr. Pond*, el padre Brown... una verdadera galería de personajes excéntricos, diversamente locos, pero alumbrados por la llama del genio, todos ellos dados al sutil arte de resolver asesinatos o misterios aparentemente sin solución. Pero no sólo comparten el ingenio o la propensión a la paradoja: de alguna manera, todos ellos son Chesterton, máscaras o avatares del autor, por medio de los cuales nos invita a reflexionar sobre la condición de la sociedad o sobre la naturaleza humana. El presente volumen recoge once relatos de crimen y misterio extraídos de las obras detectivescas de G. K. Chesterton y, no sólo nos ofrece un amplio retrato de cada uno de estos personajes que forman su peculiar galería de investigadores, sino también, como es habitual en el autor, una sabia combinación de destreza en la exposición y en la ambientación, suspense, humor e ingenio.

Las extraordinarias aventuras del comandante Brown

El rostro en la diana

El pozo sin fondo

La casa del pavo real

La joya púrpura

Los tres jinetes del Apocalipsis

Anillo de enamorados

El jardín de humo

La cruz azul

El hombre en el pasaje

La resurrección del padre Brown

Pienso que Chesterton es uno de los primeros escritores de nuestro tiempo y ello no sólo por su venturosa invención, por su imaginación visual y por la felicidad pueril o di-

vina que traslucen todas sus páginas, sino por sus virtudes retóricas, por sus puros méritos de destreza.

... hubiera podido ser un Edgar Allan Poe o un Kafka: prefirió —debemos agradecerérselo— ser Chesterton.

Jorge Luis Borges

Investigadores de G. K. Chesterton

- «Las extraordinarias aventuras del comandante Brown».
[“The Tremendous Adventure of Major Brown”].
Investigador: Basil Grant en *El club de los negocios raros* [*The Club of Queer Trades*].
El Club Diógenes / 24/
Traducción de Emilio Tejada
- «El rostro en la diana».
[“The Face in the Target”].
Investigador: Horne Fisher en *El hombre que sabía demasiado* [*The Man Who Knew Too Much*].
El Club Diógenes / 111
Traducción de Manuel Ortuño
- «El pozo sin fondo».
[“The Bottomless Well”].
Investigador: Horne Fisher en *El hombre que sabía demasiado* [*The Man Who Knew Too Much*].
El Club Diógenes / 111
Traducción de Manuel Ortuño
- «La casa del pavo real».
[“The House of the Peacock”].
Investigador: Gabriel Gale en *El poeta y los lunáticos* [*The Poet and the Lunatics*].
El Club Diógenes / 208

Traducción de José Luis Moreno—Ruiz

- «La joya púrpura».
[“The Purple Jewel”].
Investigador: Gabriel Gale en *El poeta y los lunáticos* [*The Poet and the Lunatics*].
El Club Diógenes / 208
Traducción de José Luis Moreno—Ruiz
- «Los tres jinetes del Apocalipsis».
[“The Three Horsemen of the Apocalypse”].
Investigador: Mr. Pond en *Las paradojas de Mr. Pond* [*The Paradoxes of Mr. Pond*].
El Club Diógenes / 101
Traducción de Fernando Jadraque y María Trouilhet
- «Anillo de enamorados».
[“Ring of Lovers”].
Investigador: Mr. Pond en *Las paradojas de Mr. Pond* [*The Paradoxes of Mr. Pond*].
El Club Diógenes / 101
Traducción de Fernando Jadraque y María Trouilhet
- «El jardín de humo».
[“The Garden of Smoke”].
Investigador: Mr. Trail en *El jardín de humo y otros cuentos de intriga* [Extraídos de *The Man Who Knew Too Much and other Stories*. Cassell and Company, LTD, s. f.]
El Club Diógenes / 232
Traducción de José Luis Moreno—Ruiz
- «La cruz azul».

[“The Blue Cross”].

Investigador: Padre Brown en *El candor del padre Brown* [*The Innocence of Father Brown*].

El padre Brown / 1

Traducción de José Rafael Hernández Arias

- «El hombre en el pasaje».

[“The Man in the Passage”].

Investigador: Padre Brown en *La sabiduría del padre Brown* [*The Wisdom of Father Brown*].

El padre Brown / 2

Traducción de José Rafael Hernández Arias

- «La resurrección del padre Brown».

[“The Resurrection of Father Brown”]. Investigador: Padre Brown en *La incredulidad del padre Brown* [*The Incredulity of Father Brown*].

El padre Brown / 3

Traducción de José Rafael Hernández Arias

Las extraordinarias aventuras del comandante Brown

Se diría que Rabelais, o su fantástico ilustrador, Gustave Doré, han tenido algo que ver en la creación y trazado de los pisos de las casas de Inglaterra y Norteamérica. Hay algo verdaderamente gargantuesco en la idea de economizar espacio amontonando unas viviendas sobre otras, con sus correspondientes puertas y fachadas. En el caos y la complejidad de estas calles perpendiculares puede ocultarse o sobrevenir cualquier cosa, y creo que es en una de ellas donde el curioso puede encontrar las oficinas de «El Club de los Negocios Raros». A primera vista podría creerse que semejante título tendría que interesar y chocar forzosamente al transeúnte, pero nada choca ni interesa en estas confusas y monstruosas colmenas. El transeúnte concentra la atención en su prosaico objetivo —la Agencia de Embarque de Montenegro o la Delegación londinense de «El Centinela de Rutland»— y se desliza por los oscuros pasillos de igual manera que se atraviesan los sombríos corredores de un sueño. Si los Thugs^[1] establecieran en uno de los grandes edificios de Norfolk Street una Compañía para el Asesinato de Extranjeros y colocaran en la oficina a un amable señor encargado de facilitar informes, podéis estar seguros de que nadie iría a pedirlos. Así pues, El Club de los Negocios Raros impera oculto en un gran edificio, como un fósil escondido en un gigantesco conglomerado de fósiles.

El carácter de esta sociedad, como más tarde se comprobó, puede explicarse en breves y sencillas palabras. Se trata de un club excéntrico y bohemio, para pertenecer al cual es condición indispensable que el candidato haya inventado la manera de ganarse la vida. Su profesión tiene

que ser absolutamente nueva. La definición exacta de semejante requisito se halla contenida en las dos cláusulas principales de los estatutos. En primer lugar, no debe tratarse de una simple variación de una industria existente. Así, por ejemplo, el Club no admitiría a un agente de seguros por el simple hecho de que en vez de asegurar los muebles contra el incendio, asegurara, pongamos por caso, los pantalones de los hombres contra la posibilidad de ser desgarrados por un perro rabioso. El principio es el mismo (como hizo notar con agudeza e ingenio *sir* Bradcock Burnaby—Bradcock en el sublime y por demás elocuente discurso pronunciado en el Club al plantearse el problema en el asunto Stormby Smith). En segundo lugar, la profesión tiene que constituir una fuente de ingresos de carácter genuinamente comercial, que mantenga económicamente a su inventor. Así, el Club no admitiría a un hombre por el mero hecho de que se dedicara a coleccionar latas vacías de sardinas, a no ser que con ellas pudiera montar una industria decorosa. El profesor Chick aclaró perfectamente este punto. La verdad es que cuando se recuerda cuál era la nueva profesión del profesor Chick no sabe uno si echarse a reír o llorar.

El descubrimiento de esta extraña sociedad era una cosa sumamente alentadora. Descubrir que había diez profesiones nuevas en el mundo era como contemplar el primer buque o al primer arado: producía la sensación de que el hombre se encontraba todavía en la infancia del mundo.

Puedo decir, sin pecar de vanidoso, que no tenía nada de extraño que yo llegara a tropezar, al fin, con tan singular corporación, porque tengo la manía de pertenecer a todas las sociedades que me es posible. Podría decirse que soy un coleccionista de clubes, y lo cierto es que he logrado reunir una enorme y fantástica variedad de ejemplares desde los tiempos de mi osada juventud en que ingresé en el Ateneo. Puede que algún día refiera historias de algunas de las otras corporaciones a las que he pertenecido. Contaré

quizá las hazañas de la Sociedad del Calzado del Muerto (comunidad aparentemente inmoral, pero que tenía sus oscuras razones de existencia). Explicaré el curioso origen de la asociación El Gato y el Cristiano, cuyo nombre ha dado lugar a lamentables tergiversaciones. Y el mundo sabrá, al menos, por qué el Instituto de Mecanógrafos se fusionó con la Liga del Tulipán Rojo. De El Club de las Diez Tazas de Té no me atreveré, por supuesto, a decir una palabra.

De todas maneras, la primera de mis revelaciones ha de referirse a El Club de los Negocios Raros, el cual, como ya he dicho, era una de esas asociaciones con la que forzosamente había de tropezarme tarde o temprano a causa de mi singular manía. La bulliciosa juventud de la metrópoli suele llamarme en broma «el rey de los Clubes». También «Querubín», aludiendo al color sonrosado y juvenil que presenta mi semblante en el ocaso de la vida. Lo único que espero es que los espíritus celestiales coman tan bien como yo.

Pero el descubrimiento de El Club de los Negocios Raros ofrece un detalle curiosísimo, y este curiosísimo detalle es que no fue descubierto por mí, sino por mi amigo Basil Grant, un contemplativo, un místico, un hombre que rara vez salía de su buhardilla.

Pocas personas sabían algo de Basil, y no porque fuera insociable ni mucho menos, pues si cualquier desconocido hubiera penetrado en sus habitaciones, le habría entretenido con su charla hasta el día siguiente. Pocas personas le conocían, porque al igual que la mayoría de los poetas, podía pasarse sin los demás. Acogía una fisonomía humana con el mismo agrado con que podía acoger una repentina mutación de color en una puesta de sol, pero no sentía la necesidad de acudir a las reuniones, del mismo modo que no experimentaba el menor deseo de alterar las nubes del ocaso. Vivía en una extraña y cómoda buhardilla en los tejados de Lambeth, rodeado de un caos de objetos que ofrecían un contraste singular con la sordidez del entorno: li-

bros antiguos y fantásticos, espadas, armaduras... todos los trastos viejos del romanticismo. Pero entre todas estas reliquias quijotescas destacaba su sagaz fisonomía de hombre moderno, su rostro inteligente de jurista. Sin embargo, nadie más que yo sabía quién era.

A pesar del tiempo transcurrido, todo el mundo recuerda la escena terrible —a la vez que grotesca— que se desarrolló en, cuando uno de los jueces más sagaces y competentes de Inglaterra se volvió loco de repente en pleno tribunal. Por mi parte, yo interpreté el suceso a mi manera, pero en cuanto a los hechos escuetos no cabe discutir. El caso es que desde hacía muchos meses, e incluso años, la gente venía observando algo anómalo en la conducta del juez. Parecía haber perdido todo interés por la Ley, en la que había brillado hasta entonces con la grandeza indescriptible de un comendador, y se dedicaba a dar consejos morales y personales a los sujetos interesados. Se comportaba más bien como un médico o un sacerdote, y con un lenguaje muy osado, por cierto. La primera señal de alarma debió darla, sin duda, cuando al sentenciar a un hombre que había intentado cometer un crimen pasional, le dijo: «Le condeno a usted a tres años de prisión bajo la firme y solemne convicción que Dios me ha dado, de que lo que usted necesita es pasar tres meses a la orilla del mar». Desde su estrado acusaba a los delincuentes, no tanto por sus evidentes infracciones de la ley como por cosas de las cuales nunca se había oído hablar en los tribunales de justicia, reprochándoles su monstruoso egoísmo, su debilidad de carácter o su deliberado deseo de permanecer en la anormalidad. Las cosas llegaron al colmo en aquel célebre proceso del robo del diamante, en el cual tuvo que comparecer el primer ministro en persona, aquel brillante patricio, para declarar en contra de su criado. Una vez expuestos minuciosamente todos los pormenores de la vida doméstica, el juez requirió de nuevo la comparecencia del primer ministro, y cuando éste hubo obedecido con sosegada digni-

dad, le dijo bruscamente, con áspera voz: «Búsquese otra alma. Eso que usted tiene no sirve ni para un perro. Búsquese otra alma».

A los ojos de los perspicaces, todo esto no era naturalmente sino un anuncio de aquel día trágico y luctuoso en que el magistrado perdió definitivamente la sesera en pleno tribunal. Se trataba de un proceso escandaloso contra dos eminentísimos y poderosos financieros, acusados por igual de considerables defraudaciones. El proceso era complicado y duró mucho tiempo. Los abogados hicieron gala de una elocuencia interminable, pero tras varias semanas de trabajos y de retórica, llegó al fin el momento en que el eminente juez tenía que resumir su criterio, y se esperaba con avidez uno de sus famosos destellos geniales de aplastante lógica y lucidez. El magistrado había hablado muy poco en el transcurso del prolongado proceso, y al término de éste parecía triste y sombrío. Guardó silencio unos instantes, y de pronto se puso a cantar con voz estentórea, condensando su parecer, según se dice, del siguiente modo:

*Tarará, tarará, tarará,
Tarará, tarará, tarará,
Tarará, tarará, tarará,
Tarará, tarará.*

A raíz de este suceso se retiró de la vida pública y alquiló la buhardilla de Lambeth.

Allí me encontraba yo sentado una tarde, a eso de las seis, saboreando una copa del excelente Borgoña que mi amigo guardaba tras un rimero de infolios impresos en caracteres góticos. Basil se paseaba por la estancia, esgrimiendo, según su costumbre, una de las grandes espadas de su colección. El rojo resplandor del potente fuego que ardía en la chimenea iluminaba sus cuadradas facciones y su rebelde cabellera gris. Sus ojos azules se hallaban impregnados constantemente de una vaguedad de ensueños,

y abría la boca para hablar con su aire soñador, cuando se abrió la puerta de par en par y penetró jadeando en la estancia un hombre pálido y fogoso, de cabello rojizo, que llevaba un enorme abrigo de piel.

—Siento molestarte, Basil —balbució—. Me he tomado una libertad... He citado aquí a un hombre... un cliente... dentro de cinco minutos... Usted perdone, caballero —agregó haciéndome una reverencia.

Basil me dirigió una sonrisa.

—¿No sabía usted —dijo— que yo tenía un hermano bastante práctico? Pues aquí lo tiene. Este es *Mr. Rupert Grant*, capaz de hacer todo lo que haya que hacer. Así como yo he fracasado en lo único que he emprendido, él ha triunfado en todo. Recuerdo que ha sido periodista, agente de fincas, naturalista, inventor, editor, maestro de escuela y... ¿qué eres ahora, Rupert?

—Soy, y llevo siéndolo durante algún tiempo —repuso Rupert con cierta dignidad—, detective privado... y aquí está mi cliente.

Un fuerte golpe en la puerta les interrumpió. Concedido el debido permiso, la puerta se abrió bruscamente, y un hombre apuesto y corpulento entró con energía en la estancia, dejó ruidosamente su chistera encima de la mesa y dijo:

—Buenas tardes, señores.

La entonación que imprimía a sus palabras parecía denotar que se trataba de un ordenancista en el sentido militar, literario y social. Tenía una voluminosa cabeza, el cabello con estrías negras y grises, y su enorme bigote negro le daba un aspecto de ferocidad que contrastaba con la mirada triste de sus ojos azul de mar.

—Vamos a la otra habitación —me dijo Basil.

Y ya se dirigía a la puerta, cuando el recién llegado exclamó:

—De ningún modo. Quédense. Pueden ser de ayuda.

En cuanto le oí hablar, recordé de quién se trataba: era un tal comandante Brown, al que había conocido años antes en compañía de Basil. Había olvidado por completo su enérgica figura y su cabeza solemne, pero recordaba su especial modo de hablar, que consistía en proferir únicamente la cuarta parte de cada frase, y esto con tono seco, como la detonación de un fusil. No sé si se debía a la costumbre de dar órdenes a la tropa.

El comandante Brown poseía la Cruz de la Victoria. Era un militar competente y distinguido, pero no pasaba de ser un hombre de guerra. Como muchos de los férreos hombres que han conquistado la India, tenía las creencias y los gustos de una solterona. En su manera de vestir era meticuloso a la vez que recatado. En sus costumbres era de una rigurosa exactitud, hasta el punto de no tomar una taza de té sino en el momento preciso. Un solo entusiasmo le dominaba, que adquiría para él el carácter de una verdadera religión: el cultivo de pensamientos en su jardín. Cuando hablaba de su colección, sus ojos azules resplandecían como los de un niño a la vista de un juguete nuevo: esos mismos ojos que habían permanecido impertérritos cuando las tropas lanzaban sus vítores victoriosos alrededor del general Roberts, en Cadahar.

—Vamos a ver, comandante —dijo Rupert Grant con señorial cordialidad, acomodándose en una silla—. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Pensamientos amarillos. La carbonera P. G. Northover —dijo el comandante con indignación.

Nosotros nos miramos unos a otros con gesto inquisitivo. Basil, abstraído como de costumbre, tenía los ojos cerrados y se limitó a decir:

—Perdón, pero no comprendo.

—Es un hecho. La calle, ¿sabe usted? El hombre, los pensamientos. En la tapia. La muerte para mí. Algo. Absurdo.